

## IZQUIERDAS Y DERECHAS

# ENCUESTA



**AREILZA,  
JOSE MARIA DE**

**D**ERECHA e izquierda son términos que corresponden a un momento determinado de la historia política del mundo. Empezaba la dicotomía en las asambleas revolucionarias del 89 francés. Y sigue a lo largo del ochocientos, hasta llegar a nuestros días. Pero la gran expansión del poder estatal, de una parte, y el progreso tecnológico, de otra, han modificado sustancialmente el planteamiento de la antinomia derecha-izquierda en el momento presente.

La omnipotencia del Estado ha creado una realidad insoslayable, que es la injerencia gubernativa en la vida privada de los ciudadanos y en su existencia social como miembros de una comunidad. De ahí la tentación de poder, es decir, la inclinación a hacer uso ilimitado del instrumento ejecutivo para coartar libertades, interferir en iniciativas, amenazar voluntades y reducir el libre albedrío de las gentes al mínimo imaginable. Esto lo pueden hacer lo mismo las derechas que las izquierdas, por tratarse de una simple política instrumental. Un campo de concentración puede existir en Grecia o en Brasil. Pero asimismo en Rusia o en Cuba. ¿Cómo distinguir al que corresponde a un Gobierno de derechas o de izquierdas? Se nos dirá que por la ideología de los prisioneros. Pero en cuanto al método utilizado, ¿cómo no reconocer la semejanza entre ambos sistemas, aunque las oligarquías a que sirve sean bien distintas? Papadopoulos y Garrastazu Medici son militares de derecha. Breznev y Fidel Castro, marxistas de izquierda. Pero en muchos aspectos de sus políticas aplicadas es difícil distinguir entre el gobernante de derecha o el de izquierda.

Las preguntas formuladas por TRIUNFO han sido las siguientes:

**1** ¿Cuáles son, a su juicio, las características básicas que definirían a una persona como de derechas?

**2** ¿Cuáles son, a su juicio, las características básicas que definirían a una persona como de izquierdas?

La sociedad industrial, en sus formas más evolucionadas, ha evolucionado también el concepto ambidestro de la política. Al racionalizar y automatizar la industria y crear la producción masiva se han logrado unos niveles de vida tan altos y tan extendidos, que rectifican sustancialmente los supuestos previos del análisis metodológico del marxismo original. Una gran parte de la crítica socialista al capitalismo carece ya de realismo actual, por ir desapareciendo aquél en sus versiones de antaño, sustituido por el neo-capitalismo, apoyado en las tecno-estructuras de la sociedad. Es decir, que tanto los problemas como el lenguaje han cambiado de signo en estos últimos veinte años.

Dicho esto como aclaración previa, creo que todavía pueden definirse algunas notas características de lo que han sido la derecha y la izquierda en el juego de la política de un país.

En la derecha predomina el sentido tradicional de la existencia; la defensa del «statu quo» social y económico; el patriotismo entendido como exaltación de los valores nacionales; una interpretación religiosa de la vida comunitaria; culto a las Fuerzas Armadas como símbolo del honor y de la abnegación; tendencia al autoritarismo en lo público y en lo privado; acento en los bienes patrimoniales como base de la vinculación humana al solar nacional. Preferir la injusticia al desorden.

En la izquierda prevalece el sentido progresista de la vida; la creencia en el voluntarismo capaz de modificar radicalmente las estructuras injustas, sociales y económicas; la solidaridad humana por encima del nacionalismo limitado; el igualitarismo como tendencia para ofrecer idénticas oportunidades de promoción social; la lucha contra la miseria, la ignorancia o la desigualdad de clases y pueblos; recelo hacia el compromiso temporal de las religiones con lo

establecido; propósito de lograr un Ejército apolítico alejado de cualquier utilización oligárquica; sustancia democrática en las instituciones a todos los niveles; enemiga a las acumulaciones patrimoniales. Preferir la justicia al orden.

En general, podía decirse que en la izquierda se hallan las doctrinas, mientras que en la derecha florecen los principios. ■ J. M. DE A.



**CANTARERO  
DEL CASTILLO,  
MANUEL**

**A**NTES de responder, me resulta imprescindible aclarar que, en mi opinión, las categorías derecha e izquierda no son nunca absolutas, sino relativas. Según ello, cambian de significación en función de su condicionamiento en el espacio y en el tiempo. En tal sentido,

lo que en Suecia, por ejemplo, puede ser derecha, en España puede resultar izquierda, y en el Congo, extrema izquierda. De la misma manera, lo que en el siglo diecinueve, por ejemplo, era izquierda (la revolución liberal), en el veinte (formulada la revolución socialista) puede ser derecha. Podríamos decir así que lo que es derecha en un país puede ser izquierda en otro, en función de las condiciones de cultura y estructura. E igualmente que la izquierda o la revolución de hoy es siempre la derecha o la contrarrevolución de mañana. En tales circunstancias, la respuesta a las preguntas formuladas sin una previa precisión del espacio y del tiempo considerados, ofrecen cierta dificultad. No obstante, vamos a tratar de contestar.

**1** Las características básicas que definirían a una persona como de derechas son justamente las contrarias a las que tratamos de fijar para una persona de izquierdas en la respuesta a la segunda pregunta.

**2** Admitir que la Historia, el orden, la sociedad, etc., no son realidades estáticas, sino dinámicas, cambiantes incesantemente.

Pensar que la realidad no es una realidad-realizada, sino una realidad-realizándose y que el pensamiento no es un pensamiento-pensado, sino un pensamiento-pensante.

Admitir que la ley positiva humana —estructura del orden— puede llegar a identificarse con la ley de amor —estructura del bien—.

Reconocer a la razón como la suprema dimensión humana.

Favorecer todo tipo de transferencia cultural, desde el mito y la fanatización a la racionalidad y la civilización.

Tratar siempre de someter el curso de los acontecimientos históricos, en la mayor medida posible, a la ley de la razón y al control científico.

Ser sensible a la imperfección social, que aparece en cuanto es corregida una imperfección anterior o, lo que es lo mismo, ser animado por una exigente, y siempre insatisfecha, «voluntad de perfección».

Sostener la relatividad histórica de toda escala social y cultural de valores.

Rechazar que los valores históricos actuales puedan ser reputados como los valores humanos eternos o permanentes.

# ENCUESTA

Admitir que el «orden establecido» es, todavía en todas partes, y en mayor o menor medida, «orden» para unos y coacción desordenada para otros.

Oponerse a todo tipo de explotación del hombre por el hombre o de las naciones por las naciones.

Propugnar frente a la sociedad del lucro la sociedad de la cooperación.

Admitir que el estímulo moral puro, y no el estímulo del interés material o espíritu de lucro, puede hacer progresar a la Humanidad mucho más todavía y mucho más aprisa.

Creer que en la conducta delictiva del hombre hay aún mucha mayor responsabilidad social externa, resultante del medio histórico, cultural, social, económico, etcétera, que propia, interna y estricta, responsabilidad individual.

Admitir la lucha de clases como un fenómeno innegable que sólo puede ser superado si se eliminan los supuestos de injusticia social que la determinan.

Conceder prioridad a la justicia sobre la libertad, si se vive en un país capitalista.

Conceder prioridad a la libertad sobre la justicia, si se vive en un país socialista (y, sobre todo, si se vive en un país fascista o capitalista-autoritario).

Ser socialista, si se vive en un país liberal.

Ser liberal, si se vive en un país socialista.

Ser absolutamente anticlasista. Exaltar los valores biográficos y rechazar los valores genealógicos.

Ser partidario de la separación absoluta entre Iglesia y Estado.

Rechazar todo tipo de discriminación social o limitación cívica por razones de clase, raza o confesionalidad religiosa.

Rechazar todo intento de mantenimiento de la profesión de fe religiosa a base de procedimientos coactivos o de aislamientos y estancamientos subculturales.

## Breve epílogo para españoles

En la España actual es de izquierdas, en mi opinión, el que además de responder a las características anteriormente enumeradas, sostenga:

1.º Que los partidos políticos no son intrínsecamente perversos.

2.º Que no hay más demonios familiares que los de la injusticia, la coacción y la intolerancia.

3.º Que primero es la democracia sin adjetivos limitativos, que posibilita el despliegue activo y operativo de las fuerzas sociales y políticas, y luego todo lo demás.

4.º Que vale más una pequeña reforma real cotidiana, en el sentido del progreso, obtenida a través del ejercicio ordenado de las libertades formales, que una revolución maximalista, «desde arriba», que nunca llega a realizarse.

5.º Que el pueblo español no es menos capaz para la democracia y la libertad que otro pueblo cualquiera de su misma estirpe cultural occidental.

6.º Que España no debe ser diferente. ■ M. C. DEL C.



FANJUL SEDEÑO,  
JUAN MANUEL

Las respuestas que se demandan no pueden enfocarse a base de un maniqueísmo simplista; hacerlo así representaría, ya de entrada, aceptar la existencia de una divisoria que considero totalmente superada.

La transformación política, social y económica de los últimos treinta años ha desvirtuado los dos rancios conceptos estereotipados de derechas e izquierdas. No pueden ignorarse los fenómenos de mimetismo ideológico, ósmosis política, estatificación económica, planificación del desarrollo, seguridad social colectiva, evolución del concepto de la caridad cristiana y penetración del joven turbión iconoclasta en las estructuras tradicionales de todas las naciones, cualquiera que sea su régimen.

Antes se era política, social y económicamente de derechas o de izquierdas, conservador o progresista, pues había una absoluta identidad entre los tres puntos de mira de la problemática de cada pueblo. Hoy no es así. Actualmente encontramos con harta frecuencia quienes compatibilizan una actitud políticamente estática y aún retrógrada con un profundo dinamismo económico y social, o, a la inversa, tremendos liberales democráticos aferrados a ideas absolutamente periclitadas en el terreno socio-económico.

Por todo ello no veo la posibilidad de establecer, sin riesgo de grave error, una clasificación integral de derechas e izquierdas.

Cuando los socialistas alemanes se coaligan para gobernar con los cristiano-demócratas o con los liberales indistintamente; cuando en otros países, sectores cristianos se alían con los marxistas; cuando las llamadas democracias populares gobiernan a base de los más drásticos esquemas totalitarios, mientras socializan los medios de producción; cuando los jefes de algunos partidos comunistas hispanoamericanos denuncian los peligrosos excesos de los extremistas «de izquierda», ¿dónde fijar las fronteras de las viejas definiciones? Sería un intento tan desorientador como anacrónico.

Para mí, hoy, los doctrinarismos que configuran el pasado se han ido refugiando en las conductas, los estilos, la sinceridad de presentación

y enfoque de los problemas, la estática o la dinámica de su planteamiento, las cautelas o la decisión de sus soluciones. Y con ello, naturalmente, han desaparecido sus perfiles tradicionales.

En una sociedad de acelerada evolución, como la que vivimos, los dogmatismos rectores están dejando paso a un pragmatismo tecnificado guiado por el bienestar de la colectividad. Por encima de los conceptos de derecha e izquierda hay otros de ritmo y estilo para los que no sirven aquellas definiciones; tratar de mantenerlas sería meter vino nuevo en odres viejos.

Hay grupos modernos que se plantean los problemas limpia y honestamente, sin tabúes ni temores, dejando en un rincón el daño que la solución pueda aparejar a su egoísmo, para propender valientemente al bien general; son aquellos a los que no les tiembla la mano cuando hay que eliminar, aunque sea bruscamente, el obstáculo que se opone a una solución urgente y necesaria; los que sepan abrir oídos y puertas por donde entren voces y luces que ayuden a conocer y encontrar los caminos; los alegres, los optimistas, los que tienen fe, los que sonríen al sol.

Y veo, por otro lado, a los atormentados por mil presagios, a los constantes augures del peligro, a los que, empaquetados en el temor prefieren no hacer nada ante el miedo a las consecuencias que las innovaciones puedan acarrear; a los doctrinarios —piensen lo que piensen—, que sujetan las soluciones humanas a viejos conceptos teóricos; a los «cucos», a los que nadan y guardan la ropa, a los que no miran de frente...

Ya sé que esta clasificación puede no ser clásica, pero se me pide mi opinión, y las medidas que yo aplico a las modernas divisorias son así. Cualquier otra —respetabilísima siempre— me parece, como fórmula actual, anacrónica, insuficiente e insertiva. ■ J. M. F. S.



FRAGA IRIBARNE,  
MANUEL

El concepto de derechas e izquierdas es, por definición, un concepto relativo, de relación. Históricamente, los dos núcleos de

pensamiento y de acción política se forman alrededor de varios temas, típicos del mundo del siglo XIX, inmediatamente posterior a la Revolución Francesa y a los comienzos de la transformación de las sociedades europeas en urbanas e industriales. La derecha propugnaba el mantenimiento del status quo en todo lo que fuera posible: unidad religiosa, respeto a los derechos adquiridos (sobre todo, la propiedad inmueble), organización monárquico-aristocrática del Estado, etc... Con el tiempo, estas posiciones se fueron adaptando a los cambios inevitables: la moral de clase media, la defensa de la organización capitalista de la economía, el orden público, la organización tecnocrática de la Administración pasaron a ser los ideales de la derecha. Frente a esto, la izquierda histórica defendió la libertad de cultos, la revisión del orden privilegiado estamental y la República o la monarquía democrática. Progresivamente se evolucionó hacia una mayor libertad cultural y sexual, la socialización de la economía (por la vía de la nacionalización o de la reforma fiscal, o de ambas) y hacia determinadas concepciones revolucionarias del orden político.

Esto sentido (que es elemental), los cambios subsiguientes en la evolución de las sociedades occidentales y los fenómenos peculiares de cada país hacen dudoso el que en muchos de ellos sea todavía utilizable el viejo binomio derecha-izquierda. En España es probable que todavía sí, con tal que las palabras se usen en serio y no para aumentar la confusión.

A mi juicio, en España es de derechas una persona que se declara católico a marchamartillo y rechaza (o bromea sobre) el Concilio Vaticano II; que es partidario de un orden establecido para siempre en lo moral, social y político; que tiene una concepción elitista o aristocratizante de las relaciones sociales; que rechaza la reforma agraria, la seriedad fiscal y la empresa con participación; que ve con simpatía la tecnocracia y con antipatía cualquier grado de discusión política. Es una persona que se siente inseguro en el mundo moderno, que se defiende contra los cambios, que se aferra al pasado, incluso si, en el fondo de su alma, comprende que está viviendo una doble vida y una doble moral.

Una persona de izquierdas, a partir de lo dicho, es una persona que desprecia el pasado católico y el conjunto de la tradición nacional; que en todo momento desea «que se haga la justicia y perezca el mundo» (las dos cosas); que está dispuesto a tomar cualquier modelo (chino, ruso, cubano, yugoslavo, sueco o incluso italiano) sin comprobar previamente las medidas; que oscila filosóficamente entre el neopositivismo lógico, el existencialismo y Marcuse; que está dispuesto a firmar todo lo que le pongan por delante que desea para resolver los problemas políticos una «República conciliar» católico-marxista; que

# IZQUIERDAS Y DERECHAS

siente también inseguro en el mundo moderno, aunque por razones distintas y resentido contra sus realidades, juega al futuro en vez de al pasado.

Esto sentido, yo quisiera añadir que, personalmente (y creo que afortunadamente una gran parte del país) no me siento de derechas ni de izquierdas, sino de centro (o, si se prefiere, de todo lo contrario a ambas cosas). Pienso que es hora ya de asentarse de una vez en el mundo moderno, sin inseguridad, como una cosa natural, sin la nostalgia y la ansiedad propias de la derecha y sin la utopía e irresponsabilidad de la izquierda. Se dirá que el centro sabe aún menos lo que quiere, que se define negativamente, que no puede despertar entusiasmos, que está constituido por personas que tienen el corazón a la izquierda y el corazón a la derecha. Se dirá lo que se quiera. Pero, insisto, el centro es lo otro: algo que está naciendo en España de la conjunción de una larga paz, el desarrollo económico y los contactos mayores con el resto del mundo, así como de los cambios del catolicismo tradicional. Ese centro tendrá, en su día, su propia derecha y su propia izquierda, no las viejas, las pasadas de la reacción y la revolución. Ese centro quiere ir hacia adelante, no hacia atrás; ni hacia Fernando VII y los apóstólicos, ni hacia la República cantonal o al 14 de abril de 1931. Quiere que empecemos a tomar en serio que ya hemos dejado atrás 1970, y muchas otras cosas y tópicos. Quiere, en fin, jugar al presente (real) y no al pasado (idealizado) ni al futuro (utópico).

Y me alegro de pensar —ojalá no me equivoque— que por primera vez el país se polariza hacia el centro, y no hacia los extremos. Por eso tanta gente se aburre ante planteamientos de uno y otro lado que no le interesan. ■ M. F. I.



**GIL ROBLES,  
JOSE MARIA**

1 Los calificativos de derecha y de izquierda me parecen cada día más imprecisos y más inexactos. Por eso mismo, muchos de los que los

utilizan lo hacen para mejor enmascarar sus conductas.

Con esta salvedad, e incluso para superarla, me atrevería a decir que es persona de derechas la que admite y practique una política basada en el respeto y garantía de los derechos de la persona humana; que propugne una amplísima participación del pueblo en la dirección de la vida pública; que defienda y practique una política de efectiva justicia social tan avanzada que haga reprobables por innecesarios los movimientos revolucionarios; que moralice la administración pública y que exija la adecuada sanción para los enriquecimientos injustos, y que en todo momento lleve a cabo una perfecta adecuación entre sus palabras y sus actos.

2 Con independencia de la ética con que se adorne, considero de izquierdas toda persona que considere que los derechos están todos del lado del que manda y todos los deberes del lado del que obedece; que considere al pueblo como un eterno menor, sometido permanentemente a la tutela de un poder autoritario o paternalista; que no conciba como absolutamente indispensable una más justa e incluso radical distribución de las riquezas no sólo porque la justicia lo exija, sino porque la propia conveniencia lo aconseje; que se contente con una mera paz material, aunque ésta se base en la arbitrariedad y en la injusticia; que transija con la inmoralidad pública y aun se aproveche, directa o indirectamente, de ella sin perjuicio de invocar, cuando le convenga, la moral cristiana, y que no sepa o no quiera poner de acuerdo sus afirmaciones nobles con sus conductas bastardas.

...

Me atrevo a pensar que la aplicación de estos sencillos criterios de clasificación obligaría a operar ingentes desplazamientos de masas entre esos dos grandes sectores en que, de un modo más convencional que exacto, se divide una sociedad moderna. ■ J. M. G. R.

**JIMENEZ  
DE PARGA,  
MANUEL**

1 Son de derechas todos los que, en una sociedad determinada, quieren conservar, cuanto sea posible, el orden existente.

Con esta caracterización que he propuesto alguna vez, pretendo destacar que se trata de unos encasillamientos circunstanciales, en los que se tiene muy presente el sistema global en que los hombres operan; vocablos —derechas izquierdas— de valor relativo, en suma. Hay derechistas en los Estados Unidos y derechistas en la URSS; los primeros desean conservar el capitalismo norteamericano, y los segundos el régimen soviético en su versión actual.



Circunscribiéndonos a la España de hoy, aquí los fieles de la derecha cumplen un decálogo que arroja el siguiente resultado:

1. Creen que la alternativa entre derechas e izquierdas está superada.
2. Son nacionalistas antes que demócratas.
3. Temen al sufragio universal.
4. Consideran que se invierte demasiado dinero en educación.
5. Sostienen que Calvo Sotelo fue el protomártir de la Cruzada.
6. Respetan más a los cuarteles que a la Universidad.
7. Lamentan que Juan XXIII convocase el Concilio Vaticano II.
8. Están convencidos de que «ABC», de Madrid, es un buen periódico.
9. Son partidarios de que los obreros puedan ser despedidos libremente por los empresarios.
10. Admiran a Oliveira Salazar.

Naturalmente que en la derecha española hay varios sectores: están en la extrema derecha quienes usan de todos los medios, incluso la violencia, para impedir cualquier mutación; forman el centro-derecha aquellos conservadores de lo esencial que, no obstante, están dispuestos a ceder en algunos detalles.

2 Son de izquierdas, en una sociedad determinada, todos los que aspiran a cambiar el orden existente.

Los españoles izquierdistas se caracterizan, a mi juicio, de la siguiente forma:

1. Creen que las tesis sobre el fin de las ideologías encubren posiciones ideológicas.
2. Son demócratas, en primer término, y luego nacionalistas.
3. Confían en el sufragio universal.
4. Consideran que debe invertirse más dinero en educación.

5. Ven la guerra española de 1936-1939 como una guerra civil.
6. Gritan: «¡Viva la inteligencia!».
7. Desconfían de la jerarquía de la Iglesia católica.
8. No tienen periódico propio.
9. Defienden el derecho de huelga.
10. Admiran al chileno Salvador Allende.

También en la izquierda española encontramos fracciones: pertenecen a la extrema izquierda los que propugnan cambiar revolucionariamente cuanto existe, sustituyéndolo por algo a radice nuevo; militan en el centro-izquierda quienes abogan por una transformación progresiva del sistema vigente por medio de reformas. ■ M. J. DE P.



**RUIZ GALLARDON,  
JOSE MARIA**

M E parecen indispensables dos precisiones previas: Dice la primera relación con quien interroga o se plantea el problema. Evidentemente, para un comunista, el socialismo democrático es derecha, y para el maoísta lo será el propio comunista. Todo depende, pues, de la propia situación de quien pregunta. ¿Cuál es la de ustedes?

La segunda precisión es de mayor fuste. Yo no creo que sea lícito apropiarse los grandes fines a ninguna tendencia política. Los grandes nombres —Justicia, libertad, etcétera...— son metas programáticas de todas las tendencias. Incluso de las más extremas. Entonces, el problema de la distinción entre derechas e izquierdas es más una cuestión de método que de fin.

La distinción clásica —de un Duverger, por ejemplo—, fundada en el dato de ser de derechas quien tiende a conservar o ser de izquierdas quien tiende a modificar está, a mi modesto juicio, desmentida desde que Marcuse descubrió aquello de la «nostalgia del futuro» como caracterizador más elocuente del marxismo del siglo XX.



Buscada por su valor como garantía de calidad,



La etiqueta Tergal no se vende,  
esta controlada, y sólo se  
consigue junto a una autentica  
prenda Tergal



Y así las cosas, y simplificando mucho, yo diría que lo que caracteriza hoy a una persona de derechas es que cree en la sociedad por encima y más allá del Estado. Y, por el contrario, quien sea —se proclame o no— de izquierdas sólo creará en la sociedad en la medida en que la misma sea Estado.

¡Ah!, y una última cosa: En España —y desde luego en la España oficial— apenas si hay gentes de izquierda. Ni aun de la «gauche divine» —que es lo menos izquierdista que conozco—. Lo que pasa es que nadie o casi nadie tiene el valor de contestar y contestarse con sinceridad.

■ J. M. R. G.

tenido. El ejemplo más claro es el del fascismo en los distintos países: Italia, Alemania, España, etcétera. Hay, naturalmente, excepciones. También en España. Hombres que honestamente se presentan como lo que son, como de derechas. Pero esas escasas y honrosas excepciones confirman la regla de forma clamorosa.

¿Por qué las derechas, desde los moderados a los fascistas, tienen tan «mala prensa» que se ven obligados a presentarse como lo contrario de lo que son? ¿Por qué lo izquierdista tiene tanta garra que hasta sus más encarnizados enemigos se presentan como de izquierdas?

Yo creo que ese fenómeno explica bien lo que sucede en el mundo que vivimos. Lo explica, porque es una expresión de esa situación.

Vivimos en el mundo «libre», donde las derechas dominan. En casi todas partes. Desde Estados Unidos hasta Alemania Federal, si bien bajo diferentes denominaciones, y con diferencias más de forma que de contenido. Y ese dominio tiende a hacerse cada día más reaccionario, más derechista. Porque es la expresión de una sociedad en decadencia, de un sistema, el capitalismo, que ha cumplido su misión histórica. Un sistema que ha permitido gigantescos progresos a la humanidad, que los permite todavía hoy, pero que sólo puede mantenerse sobre la base de perpetuar la injusticia, la desigualdad, la guerra, la opresión nacional y social, los odios racistas. Y que supone un enorme despilfarro de las fuerzas productivas actuales y un tremendo obstáculo para su pleno desarrollo.

Contra esta situación reacciona la inmensa mayoría de los hombres. Unos, los más, porque ven bloqueados los caminos que pueden llevarles a una vida digna de hombres en el sentido de ver satisfechas sus necesidades materiales. Otros, porque aun habiendo satisfecho ampliamente esas necesidades se rebelan contra la injusticia intrínseca, permanente de esta sociedad. Todos esos hombres aspiran con mayor o menor intensidad, con distintas ideas, con procedimientos muy diferentes, a lograr un objetivo único: cambiar esto, organizar otro tipo de sociedad, o al menos reformar ésta profundamente.

Tan arrollador en este sentimiento, esta necesidad de cambio, que hasta los mantenedores del actual sistema se ven obligados a presentarse poco menos que como enemigos de él. Por eso tratan de arrebatar a los otros su lenguaje, su mitología, su ropaje externo.

A mi juicio, esta realidad define las características esenciales del hombre de derechas y las del hombre de izquierdas.

El que, dentro de un amplio abanico político, ideológico, táctico y también social, trata, de verdad, con la palabra y con la acción, de cambiar o de reformar profundamente el mundo actual será para mí un hombre de izquierdas. Den-

tro de ese abanico habrá, por su misma amplitud, grandes diferencias: desde el burgués que aspira sinceramente a mejorar el sistema capitalista sin acabar con él, hasta el revolucionario para el cual la única solución está en la desaparición total del sistema.

Y será un hombre de derechas, en mi concepto, el que pese a las plumas con que se adorne, a la fraseología izquierdista, socialista o revolucionaria que utilice trabajo, de hecho, por el mantenimiento y reforzamiento de lo actual, aunque trate de blanquearlo para que «suele» mejor. «Por sus hechos los conoceréis». Yo dejo al cuidado y a la inteligencia del lector el poner a cada uno en el campo que le corresponde, con independencia de las autodefiniciones y del ropaje que adopte. Las diferencias son, pues, muy profundas. Pero en situaciones excepcionales será necesario y posible un entendimiento circunstancial, sobre objetivos concretos, entre izquierdas y derechas. España, hoy, vive una de esas situaciones. ■ S. S. M.

porque ser en política significa hacer.

En otro caso no se es de izquierda, se es cómplice de la injusticia establecida.

La segunda condición fundamental del izquierdista es, a mi juicio, admitir que sus métodos e incluso su valoración de la realidad política puede ser errónea, de modo que no puede aceptar el dogmatismo ideológico ni el exclusivismo político; en otras palabras, ha de ser democrático.

La tercera condición es el propio ejemplo. La práctica de la protesta que supone ser de izquierdas tiene que comenzar por la propia conducta. En caso contrario «estaríamos» en la izquierda, con las muchas contradicciones que supone esta conducta, más estética que política.

La cuarta condición se refiere, a mi juicio, repito, a la precaución frente al utopismo. La utopía suele ser la puerta por la que nos evadimos del compromiso con la realidad. Es cierto que a los izquierdistas nos mueve una esperanza utópica, pero esta fuerza debe estar condicionada por las posibilidades reales del momento. El izquierdismo auténtico es un pragmatismo alimentado por la utopía.

Segundo.—Si contraponemos derechista e izquierdista, queda bien claro que el derechista es una personalidad que contradice la moral. A mi juicio, hay pocos derechistas; lo que realmente abunda y lo que se debe contraponer a izquierdista es conservador. El conservador es una persona que cree que la transformación es preferible al cambio y que las transformaciones deben hacerse desde el orden y sin alterar el orden. No es dogmático, pero no es capaz de superar sus limitaciones de clase, o sus intereses, o su comodidad. Tiende a confundir la moral con la estética y sus privilegios con el mérito.

Las cualidades que, pensando sobre todo como político, pediría al conservador serían:

Primera. Que no sea sólo tolerante con las opiniones, sino también con los actos, aunque los actos perjudiquen sus intereses de clase. Es decir, que no se entienda el poder como exclusión de los otros.

Segunda. Que en cuanto pertenezca al proletariado político porque «las derechas» no le dejan participar en las decisiones del poder, se solidarice con los demás proletarios políticos, aunque pertenezcan al «proletariado de la miseria».

Tercera. Que comprenda que moralmente sólo puede entenderse con las izquierdas. Que con las derechas puede entenderse desde los intereses, pero que en el orden moral siempre les separa un abismo.

Cuarta. Que mantenga sus prejuicios como prejuicios de grupo, pero que no pretenda convertirlos en prejuicios universales. Esto sería pasarse a las derechas, sus enemigos naturales.

En resumen, que los conservadores españoles admitan que son compatibles con la democracia. ■ E. T. G.



**SANCHEZ  
MONTERO,  
SIMON**

ME permitirán ustedes que mi respuesta no se atenga formalmente a las preguntas. Se pueden exponer las características básicas que definirían a una persona como de derechas o como de izquierdas, partiendo de muy distintos ángulos, asignando a los conceptos «derechas» e «izquierdas», de por sí muy ambiguos, significados muy diversos. Me parece que la única posibilidad de entendernos es aclarar previamente esa importante cuestión. ¿Qué entendemos por derechas y qué por izquierdas? Aclarado esto, la respuesta a sus preguntas vendrá dada por sí sola.

Es curioso. Casi nadie se auto-define en política como de derechas. Lo más corriente en los hombres de derechas es presentarse como lo contrario de lo que en realidad son. Cualquier general (o grupo de generales, o coroneles), cualquier político reaccionario o fascista, cuyo objetivo real y único es impedir el desarrollo democrático, izquierdista, de su país y mantener los privilegios de las viejas fuerzas reaccionarias y opresoras se presentará como izquierdista, como revolucionario, hasta como socialista. Incluso podemos decir que su ropaje será tanto más «revolucionario» cuanto más reaccionario sea su con-



**TIERNO GALVAN,  
ENRIQUE**

POR razones de mayor facilidad para responder a las preguntas que se me hacen e incluso para que se entienda mejor la respuesta, comenzaré por la que se refiere a que entiendo por izquierda y a las cualidades que a mi juicio corresponden a quienes somos de izquierdas.

Es izquierdista quien se esfuerza en cambiar las instituciones políticas, sociales y económicas del capitalismo para conseguir un sistema de convivencia en el cual no se produzca la explotación del hombre por el hombre.

La primera condición fundamental del izquierdista es la práctica. No basta con tener una ideología y unas convicciones, es necesario practicarlas. Quiera esto decir que estar a la izquierda, es decir, hablar el lenguaje de las izquierdas e incluso pensar como un izquierdista, no es serio,